

William Faulkner

Mientras agonizo



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *As I Lay Dying*

Esta edición se ha publicado por acuerdo con Random House,
un sello y división de Penguin Random House LLC

Traducción de Mariano Antolín Rato

Primera edición: 2004

Segunda edición: 2013

Quinta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración: *Abandoned Farm House Still Standing*

© Tom Marks/Corbis/Latinstock

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1930 by William Faulkner. Copyright renewed 1958 by William Faulkner

© de la traducción: Mariano Antolín Rato, cedida por Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S.A.)

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2004, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-7661-6

Depósito legal: M-17.701-2013

Composición: Grupo Anaya

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

A Hal Smith

Darl

Jewel y yo salimos del campo siguiendo el sendero en fila india. Aunque voy cinco metros delante de él, cualquiera que nos observe desde el cobertizo del algodón verá el roto sombrero de paja, medio deshecho, de Jewel sobresalir una cabeza por encima de la mía.

El sendero, alisado por pies y recocado, igual que adobe por julio, corre derecho como tirado a cordel por entre las hileras verdes de algodón preparado hasta el cobertizo del algodón del centro del campo, donde se tuerce y rodea el cobertizo formando cuatro ángulos de suaves vértices, y vuelve a atravesar el campo, alisado por muchos pies con precisión que se va desvaneciendo.

El cobertizo del algodón es de ásperos troncos de entre los que hace tiempo que cayó la argamasa. Cuadrado, con la rota techumbre de una sola vertiente, se encorva

como una desolada ruina deslumbrante bajo el sol, con una ventana alargada casi a la altura del suelo en cada una de las dos paredes, una frente a otra, que dan al sendero. Cuando llegamos a él, tuerzo y sigo el sendero que lo rodea. Jewel, cinco metros detrás de mí, y mirando al frente, entra de una zancada por la ventana. Mirando todavía al frente, con sus ojos claros como de madera incrustados en su cara de madera, cruza el cobertizo de cuatro zancadas con la rígida gravedad de un indio de muestra de un estanco que fuera vestido con un mono remendado y estuviese dotado de vida de cintura para abajo, y de una sola zancada atraviesa la ventana de enfrente y sale de nuevo al sendero justo cuando yo doblo la esquina. En fila india y separados por cinco metros, y ahora Jewel delante, seguimos sendero arriba hacia el pie de la escarpada cuesta.

La carreta de Tull está junto al manantial, atada al poste, con las riendas enrolladas en el pescante. En la carreta hay dos asientos. Jewel se para en el manantial y coge la calabaza de la rama del sauce y bebe. Me adelanto y remonto el sendero; empiezo a oír la sierra de Cash.

Cuando llego arriba ha dejado de serrar. De pie, parado entre un montón de virutas, ensambla dos tablas. Entre los espacios en sombra son amarillas como el oro, como oro blando, mostrando en sus flancos las suaves ondulaciones de las huellas de la azuela: ¡qué buen carpintero es Cash! Mantiene las dos tablas en el banco, ajustando los bordes para que formen una cuarta parte de la caja. Se arrodilla y enfila su superficie, luego los deja y coge la azuela. Buen carpintero. Addie Bundren no podría desear otro mejor, ni una caja mejor donde

descansar. Le proporcionará confianza y comodidad.
Sigo a la casa acompañado del

Chack Chack Chack

de la azuela.

Cora

Conque ayer recogí los huevos y preparé el horno. Los bollos me salieron muy bien. Dependemos mucho de nuestras gallinas. Son buenas ponedoras; las pocas que nos dejan las zarigüeyas y alimañas así. También las serpientes, en verano. Una serpiente se cuela en un gallinero más rápido que nada. Conque después de que nos costaran mucho más de lo que creía Mr. Tull, y después de prometerle yo que pagaríamos la diferencia con los huevos que pusieran, tenía que andarme con mucho más cuidado que nunca, porque fue por mí «de acuerdo» final por lo que las compramos. Podríamos haber comprado unas gallinas más baratas, pero yo estuve de acuerdo en lo de los huevos cuando Miss Lawington me aconsejó que las comprásemos de buena raza, porque el propio Mr. Tull admite que una buena raza de vacas o cerdos a la larga compensa. De modo que como nos hemos quedado sin tantas, no nos atrevemos a quedarnos con los huevos para nosotros, porque no podría soportar los gruñidos de Mr. Tull, pues si las compramos fue por mí. Conque cuando Miss Lawington me habló de los bollos, pensé que podría hacerlos yo y ganar lo suficiente de una vez como para aumentar el valor neto del corral en el equivalente a dos gallinas. Y que echando un huevo menos cada vez, incluso no me costa-

rían nada. Y esta semana pusieron tantos que no sólo ahorraré bastantes más huevos de los que necesitaba para hacer los bollos, además había ahorrado los suficientes como para que la harina y el azúcar y la leña del horno me salieran por nada. Conque preparé los bollos ayer, con más cuidado que nunca en mi vida, y los bollos me salieron muy bien. Pero cuando fuimos esta mañana al pueblo Miss Lawington me dijo que la señora había cambiado de idea y al final no iba a celebrar la fiesta.

–De todos modos debiera quedarse con los bollos –dice Kate.

–Claro –digo yo–, aunque para mí que ahora ya no le hacen falta.

–Debiera quedarse con ellos –dice Kate–. Pero estas señoras ricas del pueblo pueden cambiar de idea. Los pobres, no.

La riqueza no es nada delante del Señor, pues Él ve dentro de los corazones.

–A lo mejor el sábado los puedo vender en el mercadillo de la parroquia –digo–. Me salieron bien de verdad.

–No sacarás ni dos dólares por cada uno –dice Kate.

–Bueno, es como si no me hubieran costado nada –digo yo.

Los cogí en el corral y cambié una docena por el azúcar y la harina. Es como si los bollos no me hubieran costado, pues el propio Mr. Tull comprende que los huevos que ahorré eran muchos más de los que necesitaba para los bollos, conque era como si hubiéramos encontrado los huevos o nos los hubieran dado.

–Debiera quedarse con esos bollos, pues te los encargó ella –dice Kate. El Señor ve dentro de los corazones. Si

es Su voluntad que unas personas tengan ideas sobre la honradez distintas que otras, no me toca discutir Sus designios.

—Para mí que nunca los necesitó —digo—. Pero me salieron ricos de verdad.

Tiene la colcha subida hasta la barbilla, con todo el calor que hace, y sólo las dos manos y la cara destapadas. Está apoyada en la almohada, con la cabeza erguida de modo que pueda mirar por la ventana, y nosotros oímos a Cash cada vez que coge la azuela o la sierra. Si fuéramos sordos, con sólo mirarle la cara a ella casi podríamos oír a Cash, verle. Tiene la cara tan consumida que los huesos se le dibujan debajo de la piel como líneas blancas. Sus ojos son igual que dos velas a las que ves derretirse en los soportes de un candelabro de hierro. Pero la salvación eterna y perdurable y la gracia no han descendido sobre ella.

—Me salieron ricos de verdad —digo—. Pero no como los bollos que solía hacer Addie. —Se puede ver cómo lava y plancha esa chica fijándose en la funda de la almohada, si es que la ha planchado alguna vez. Puede que eso hiciera a Addie consciente de su ceguera: estar allí tumbada a merced de cuatro hombres y una marimacho—. No hay mujer en estos contornos capaz de amasar como Addie Bundren —digo—. Si se levantara y amasase otra vez, lo sabríamos enseguida porque las demás no venderíamos nada.

Debajo de la colcha no abulta más que una tabla, y el único modo de saber que respira es oyendo el crujido de las hojas del relleno del jergón. Ni siquiera se le mueve el pelo que tiene pegado a la cara, ni con esa chica de pie, a

su lado, dándole aire con el abanico. Mientras miramos se pasa el abanico a la otra mano sin dejar de moverlo.

–¿Duerme? –susurra Kate.

–Está mirando a Cash, allá abajo –dice la chica.

Podemos oír la sierra en la tabla. Suena como a ronquido. Eula vuelve el torso y mira por la ventana. El collar le queda bien de verdad con el sombrero rojo. Nadie pensaría que sólo le costó veinticinco centavos.

–Debiera haberse quedado con esos bollos –dice Kate.

Habría empleado el dinero bien de verdad. Pero es como si no me hubieran costado nada, excepto el cocerlos en el horno. Puedo decirle que cualquiera puede cometer un error, pero que no todos son capaces de salir de él sin pérdidas, puedo decirle. No todo el mundo puede comerse sus errores, puedo decirle.

Alguien atraviesa el zaguán. Es Darl. No mira dentro cuando pasa delante de la puerta. Eula le observa fijamente mientras él sigue y se pierde nuevamente de vista por la parte de atrás. Levanta una mano y se toca levemente las cuentas del collar; después el pelo. Al darse cuenta de que la miro, se le turba la vista.

Darl

Padre y Vernon están sentados en el porche de atrás. Padre se echa rapé de la tapa de la caja en el labio inferior, manteniendo el labio estirado entre pulgar e índice. Levanta la vista cuando cruzo el porche y meto la calabaza en el cubo de agua y bebo.

–¿Qué es de Jewel? –dice padre.

Cuando era pequeño me enteré por primera vez de cuánto mejor sabe el agua cuando ha pasado un buen rato en un cubo de cedro. Fresquita, con un leve sabor parecido al olor del viento caliente de julio en los cedros. Tiene que pasar seis horas por lo menos, y hay que beberla con calabaza. El agua nunca se debe beber con nada de metal.

Y de noche todavía sabe mejor. Entonces muchas veces me quedaba tumbado en el jergón, en el zaguán, esperando hasta oír que todos se habían dormido para levantarme y volver al cubo. Estaba oscuro, la quieta superficie del agua era un orificio redondo en la nada, donde antes de agitarla y despertarla con el cacillo a veces veía una estrella o dos en el cubo, y hasta puede que en el cacillo, antes de beber, una estrella o dos. Después de eso crecí, me hice mayor. Entonces esperaba hasta que todos se hubieran ido a dormir para poderme tumbar con los faldones de la camisa levantados, y les oía dormir, y me notaba sin necesidad de tocarme, sentía el frío silencio alrededor de mis partes y me preguntaba si Cash estaría también allí fuera, en la oscuridad, haciendo lo mismo, y si lo habría estado haciendo los dos últimos años antes de que yo hubiera deseado o podido hacerlo.

Los pies de padre están deformados de mala manera; los dedos retorcidos y doblados y engarabitados, los meñiques sin nada de uña, por trabajar tan penosamente en la humedad con zapatos hechos en casa cuando era niño. Junto a su silla están sus zapatones. Parece como si los hubiera cortado con un hacha embotada a partir de un lingote de hierro. Vernon ha estado en el pueblo. Nunca

le había visto ir al pueblo en mono. Por su mujer, dicen, que daba clase en la escuela, antes.

Tiro al suelo el agua que sobra y me seco la boca con la manga. Va a llover antes de que vuelva a ser de día. Puede que antes de que oscurezca.

–Ha bajado a la cuadra –digo–. A enjaezar el tiro.

Bajó a divertirse con ese caballo. Cruzará la cuadra hasta el prado. El caballo no está a la vista: estará allá arriba entre los brotes de pino, a la sombra. Jewel silba, una vez y estridentemente. El caballo resopla y entonces Jewel lo ve: brilla durante un instante magnífico entre las sombras azules. Jewel vuelve a silbar; el caballo va hacia él ladera abajo, las patas rígidas, las orejas erguidas y agitándose, los desiguales ojos desorbitados, y se para a unos diez pasos, de costado, mirando a Jewel por encima del hombro en actitud juguetona y alerta.

–Venga acá, señor mío –dice Jewel.

El caballo se mueve. Su piel recorrida por rápidos temblores, lenguas que se arremolinan como otras tantas llamas. Agitando crin y cola y poniendo los ojos en blanco, el caballo emprende otra breve carrera, se vuelve a detener, patas bien asentadas, y observa a Jewel. Jewel avanza decidido hacia él, las manos en la cadera. A no ser por las piernas de Jewel, son como dos figuras talladas para un grupo salvaje al sol.

Cuando Jewel casi lo puede tocar, el caballo se alza sobre los cuartos traseros y se deja caer encima de él. Entonces Jewel queda rodeado por un laberinto resplandeciente de cascos igual que una ilusión de alas; entre ellas, debajo del pecho alzado, se mueve con la relampagueante flexibilidad de una serpiente. Durante un instante, an-

tes de que el golpe le llegue a los brazos, Jewel ve todo su cuerpo en vilo, horizontal, serpenteando fulgurante, hasta que agarra las ventanas de la nariz del caballo y se asienta nuevamente en tierra. Entonces los dos se quedan rígidos, inmóviles, terroríficos; el caballo apoyado en las patas traseras, tías y temblorosas, con la cabeza baja; Jewel con los talones clavados, tapando el morro del caballo con una mano, con la otra acariciándole el cuello, dándole golpecitos cariñosos, mientras le insulta con obscena ferocidad.

Permanecen en un vacío rígido y terrorífico: el caballo temblando y gimiendo. Luego Jewel está montado en el caballo. Cabalga cuesta arriba, como un torbellino, como el coletazo de un látigo, con el cuerpo en el aire continuando el del caballo. Durante otro momento el caballo queda despatarrado, con la cabeza baja, antes de lanzarse a la carrera. Descienden por el cerro con una serie de saltos y sacudidas de lomo, Jewel erguido, agarrado como una sanguijuela a la cruz del caballo, hasta la cerca donde el caballo vuelve a interrumpir su precipitada carrera.

—Bien —dice Jewel—, ya puedes rendirte, si es que ya tienes bastante.

Dentro de la cuadra Jewel se deja caer al suelo a toda prisa antes de que el caballo se pare. El caballo entra en el pesebre con Jewel detrás. Sin mirar atrás, el caballo le suelta una coz, alcanzando con uno de los cascos la pared con un estampido como de pistola. Jewel le da patadas en la panza; el caballo arquea el cuello, enseñando los dientes; Jewel le golpea la cara con el puño y se desliza hasta la artesa y se sube encima de ella. Pegándose al

montón de heno, agacha la cabeza y mira por encima de los tabiques del pesebre hacia la entrada. El sendero está desierto; desde aquí ni siquiera puede oír a Cash serrando. Se estira y llena apresuradamente, a manos llenas, el comedero.

–Come –dice–. Llénate esa hinchada panza mientras puedas, cabrón, hijo de la gran puta –dice.

Jewel

Por qué se tiene que quedar ahí afuera, justo debajo de la ventana, clavando y serrando esa maldita caja. En donde ella le vea. Donde cada bocanada que ella aspire esté llena de su martillar y serrar. Donde ella pueda verle diciendo: Mira. Mira qué buena es la que te estoy haciendo. Yo ya le dije que se fuera a cualquier otro sitio. Le dije: Santo Dios, ¿es que quieres verla dentro de ella? Es como cuando era niño y ella dijo que si tuviera un poco de abono intentaría cultivar unas flores y él cogió la cesta del pan y se la trajo llena de estiércol de la cuadra.

Y ahora las demás ahí sentadas, como buitres. Esperando, abanicándose. Porque yo digo: ¿Es que no puedes dejar de serrar y clavar sin parar? No dejas dormir a nadie. Y las manos de ella encima de la colcha como dos de esas raíces retorcidas que tratas de lavar y nunca consigues que queden limpias. Veo el abanico y el brazo de Dewey Dell. Le digo que si nunca la iban a dejar en paz. Serrando y martillando, y haciendo que el aire se mueva siempre tan deprisa por delante de su cara que cuando está cansada ni lo puede respirar; y esa maldita azuela re-

pitiendo: Ya queda menos. Ya queda menos. Ya queda menos, hasta que todos los que pasan por el camino se paren y la vean y digan: Qué buen carpintero es. Si hubiera sido yo y no Dash el que se cayó de aquella iglesia, y si hubiera sido yo y no padre el que se accidentó con aquella carga de leña que le cayó encima, no vendría a verla cualquier hijo de puta de la comarca, porque si hay Dios para qué demonios existe. Sólo estaríamos yo y ella en la cima de un cerro y yo echaría a rodar piedras cerro abajo contra sus caras, y las subiría y se las tiraría otra vez cerro abajo, caras y dientes y todo, por Dios, hasta que se estuviese tranquila y esa maldita azuela no dijera: Ya queda menos. Ya queda menos, y estaríamos tranquilos.

Darl

Le vemos doblar la esquina y subir los escalones. No nos mira.

—¿Listos? —dice él.

—Si has enganchado el caballo —digo yo. Digo—: Espera.

Se para, mirando a padre. Vernon escupe, sin moverse. Escupe con correcta y deliberada precisión en el polvo picado de viruelas del pie del porche. Padre se restriega lentamente las manos en las rodillas. Mira algo que está más allá de la cresta del farallón, por encima del campo. Jewel le observa un momento, luego sigue hasta el cubo y vuelve a beber.

—Me revienta la indecisión como a cualquiera —dice padre.

–Eso significa tres dólares –digo yo. La camisa está más descolorida en la joroba de padre que en el resto. No hay ni una mancha de sudor en su camisa. Una vez, cuando tenía veintidós años, se puso malo por trabajar a pleno sol, y cuenta a la gente que si volviera a sudar, se moriría. Supongo que se lo cree.

–Pero si ella no dura hasta que volváis –dice–. Le molestaría mucho.

Vernon escupe al polvo. Pero lloverá antes de que vuelva a ser de día.

–Ella cuenta con eso –dice padre–. Querrá ponerse en marcha inmediatamente. La conozco. Le prometí que tendría el tiro aquí y preparado, y cuenta con ello.

–Entonces necesitaremos esos tres dólares, seguro –digo. Él mira por encima del campo, frotándose las manos en las rodillas. Desde que se quedó sin dientes la boca se le hunde en lentas repeticiones cuando toma rapé. Los cañones de la barba dan a la parte de abajo de su cara ese aspecto que tienen los perros viejos–. Será mejor que se decida enseguida, así podríamos ir allí y traer una carga antes de que oscurezca –digo.

–Madre no está tan grave –dice Jewel–. Cállate, Darl.

–Es cierto –dice Vernon–. Hoy parece mejor que en toda la semana. Para cuando tú y Jewel volváis, estará levantada.

–Eso usted lo sabrá –dice Jewel–. Se ha pasado mucho tiempo aquí mirándola. Usted y los suyos.

Vernon le mira. Los ojos de Jewel parecen de madera clara en su cara rubicunda. Nos saca la cabeza a todos los demás, siempre nos la ha sacado. Les dije que por eso le pegaba madre más y le mimaba más. Porque era el más

enfermizo de la casa. Por eso le llamaron Jewel, joya, les dije.

–Cállate, Jewel –dice padre, pero como si no hubiera prestado demasiada atención a lo que decíamos. Mira por encima del campo, se frota las rodillas.

–Podrías pedirle prestado el tiro a Vernon y podríamos salir a vuestro encuentro –digo yo–. Si ella no nos espera.

–Cierra esa maldita boca –dice Jewel.

–Querrá ir en la nuestra –dice padre. Se frota las rodillas–. Nada me reventaría más.

–Estar ahí tumbada, viendo a Cash cepillando esa maldita... –dice Jewel. Lo dice áspera, salvajemente, pero no llega a pronunciar la palabra. Como un niño en la oscuridad para darse valor que, de repente, calla aterrorizado por su propia voz.

–Ella lo quiso así, igual que quiere ir en nuestra carreta –dice padre–. Descansará más tranquila si sabe que está bien hecha, y es suya. Siempre fue una mujer muy suya. Lo sabéis bien.

–Entonces dejemos que se salga con la suya –dice Jewel–. Pero cómo demonios sois capaces de esperar que sea... –mira la nuca de padre; sus ojos como madera clara.

–Claro –dice Vernon–, esperará hasta que esté terminada. Esperará hasta que esté todo preparado; hasta el momento adecuado. Y con los caminos tal y como están ahora, no os supondrá mucho tiempo llevarla hasta el pueblo.

–Va a llover –dice padre–. Soy un hombre sin suerte. Siempre lo he sido –se frota las manos en los pantalones–. Es ese maldito médico, viene cuando le apetece.

No le pude avisar hasta muy tarde. Si viniera mañana y le dijera que había llegado el momento, ella no esperaría. La conozco. Con carreta o sin carreta, ella no esperaría. Quedaría toda trastornada y yo no querría trastornarla por nada del mundo. Con esa tumba de la familia en Jefferson y todos los de su sangre esperándola allí, se impacientará. Le di mi palabra de que yo y los chicos la llevaríamos allí todo lo deprisa que anden las mulas; así descansará en paz –se frota las manos en las rodillas–. Nada me reventaría más.

–Si no os estuviéseris quemando la sangre todos por llevarla allí –dice Jewel con esa voz áspera, salvaje–. Con Cash todo el santo día justo debajo de la ventana, clavando y serrando esa...

–Fue su voluntad –dice padre–. No sientes ningún afecto ni dulzura por ella. Nunca lo sentiste. No queremos tener que agradecerle nada a nadie –dice–, ni yo ni ella. Todavía no lo tenemos que agradecer, y ella descansará tranquila sabiéndolo; y que sea uno de su propia sangre el que sierre las tablas y clave los clavos. Siempre fue de las que lo dejan todo limpio antes de irse.

–Eso significa tres dólares –digo yo–. ¿Quiere que vayamos o no? –padre se frota las rodillas–. Estaremos de vuelta mañana al ponerse el sol.

–Bueno –dice padre. Mira hacia el campo; el pelo enmarañado, mascando el tabaco lentamente con las encías desdentadas.

–Vámonos –dice Jewel. Baja los escalones. Vernon escupe limpiamente en el polvo.

–Hasta que se ponga el sol, entonces –dice padre–. No quiero que tenga que esperar.

Jewel echa un vistazo atrás, luego rodea la casa. Yo entro en el zaguán, oyendo las voces antes de alcanzar la puerta. Ladeándose un poco cerro abajo, como hace nuestra casa, una brisa sopla todo el tiempo en el zaguán y sube escaleras arriba. Una pluma que cayera cerca de la puerta de delante se levantaría y rozaría el techo, oscilando hacia el fondo, hasta alcanzar la corriente que da vueltas alrededor de la puerta de atrás: lo mismo las voces. Cuando entras en el zaguán, suenan como si estuvieran hablando en el aire de por encima de tu cabeza.

Cora

Fue la cosa más bonita que he visto jamás. Fue como si él supiera que no la volvería a ver nunca; que Anse Bundren le estaba alejando del lecho mortuorio de su madre y nunca la volvería a ver en este mundo. Siempre dije que Darl era distinto a los demás. Siempre dije que era el único de ellos que tenía el carácter de su madre, que sentía afecto por ella. No ese Jewel, por quien tanto padeció para traerlo al mundo y consintió y mimó tanto y él siempre cogiendo rabietas o enfurruñándose, inventando diabluras para sacarla de quicio; yo le habría sacudido una y otra vez de haberme hecho algo así. No será él quien venga a decirle adiós. No será él quien desperdicie la ocasión de ganar tres dólares de más por darle un beso de adiós a su madre. Un Bundren de cabo a rabo; a nadie quiere, de nada se preocupa a no ser de cómo conseguir algo con el menor esfuerzo posible. Mr. Tull dice que Darl les pidió que esperaran. Dijo que Darl casi les supli-

có de rodillas que no le obligasen a apartarse de ella en tal estado. Pero nada podría impedir que Anse y Jewel dejaran de ganar esos tres dólares. Nadie que conozca a Anse esperaría otra cosa, pero pensar que ese chico, Jewel, vende todos esos años de abnegación y de la más completa predilección (no me engañan: Mr. Tull dice que a Mrs. Bundren el que menos le gustaba de todos era Jewel, pero yo estoy mejor enterada. Sé que sentía debilidad por él, que veía en él la misma cualidad que le permitía soportar a Anse Bundren cuando Mr. Tull dijo que ella le debería envenenar), por tres dólares, negándole a su madre moribunda el beso de adiós.

Porque durante las tres últimas semanas he estado viniendo siempre que podía, a veces viniendo cuando no debía, descuidando a mi propia familia y mis obligaciones para que estuviera alguien con ella en sus últimos momentos y así no tuviera que encarar lo Desconocido sin una cara familiar que le diera valor. Y no es que yo merezca que se me premie por ello: espero que hagan lo mismo conmigo. Pero gracias a Dios en mi lecho de muerte tendré cerca las caras de los que quiero, los de mi sangre y mi carne, pues gracias a mi marido y mis hijos he sido más feliz que la mayoría, aunque a veces haya habido problemas.

Addie vivía (era una mujer solitaria, a solas con su orgullo) tratando de hacer que la gente creyera otra cosa, ocultando el hecho de que los suyos se limitaban a soportarla; porque no se había enfriado en el ataúd y ya habían recorrido sesenta y cinco kilómetros para enterrarla, desobedeciendo la voluntad de Dios al hacerlo. Negándose a dejarla descansar en la misma tierra que esos Bundren.

–Pero ella quería ir –dijo Mr. Tull–. Era deseo suyo descansar entre los de su familia.

–¿Entonces por qué no se fue en vida? –dije yo–. Ninguno de ellos se lo habría impedido, ni siquiera el pequeño que ya casi es lo bastante mayor para ser tan egoísta y duro de corazón como los demás.

–Era deseo suyo –dijo Mr. Tull–. Se lo oí decir a Anse.

–Y tú creerías a Anse, claro –dije yo–. Un hombre como te gustaría ser a ti. No me digas.

–¿Por qué no iba a creer una cosa de la que él no espera sacar nada por decirla? –dijo Mr. Tull.

–No me lo expliques –le dije–. El puesto de una mujer está al lado de su marido e hijos, viva o muerta. ¿Esperarías que yo quisiera volver a Alabama y dejarte a ti y a las chicas cuando me llegue la hora, después de que los dejé por propia voluntad para vivir contigo en lo bueno y en lo malo, hasta la muerte y después?

–Bueno, la gente no es igual –dijo él.

Eso espero. He tratado de vivir rectamente ante Dios y los hombres, para honrar y animar a mi cristiano marido y querer y respetar a mis cristianos hijos. De modo que cuando deje esta vida, consciente de mis obligaciones y del pago que merezco, estaré rodeada de los rostros de los que me quieren, llevándome como recompensa el beso de adiós de todos a los que quiero. No como Addie Bundren, que muere sola, ocultando su orgullo y su corazón destrozado. Contenta de irse. Allí tumbada con la cabeza en alto para poder ver a Cash fabricándole el ataúd, obligada a vigilarle para que no haga una chapuza, con esos hombres que no se preocupan de nada excepto de si tendrán tiempo de ganar otros tres dólares